

LUIS GARCÍA MONTERO, *Ropa de calle. Antología poética (1980-2008)*, ed. José Luis Morante, Madrid, Cátedra, colección Letras Hispánicas, 2011, 291 págs.

UN POETA DE HOY

En los últimos años han aparecido diferentes antologías de Luis García Montero (Granada, 1958) en varias editoriales, todas ellas precedidas de estudios importantes. *Ropa de calle. Antología poética (1980-2008)* es sin duda una antología imprescindible de un poeta imprescindible en una editorial imprescindible. Cátedra se suma así a una actualización de sus repertorios bibliográficos, y acoge a un poeta que ya ha entrado a formar parte de la historia de la literatura reciente con nombre propio. En *Ropa de calle* se pueden leer los mejores y más célebres textos poéticos de Luis García Montero, anotados con precisión y agilidad, destacando aquellos aspectos más relevantes y explicativos de la poética de nuestro autor. Hoy día nadie discute su importancia en la poesía de la experiencia, y la hegemonía de su voz en el panorama de las letras españolas de las últimas tres décadas.

José Luis Morante ha preparado la edición con sumo cuidado. En el estudio de más de ochenta páginas que precede a los textos, como siempre en las ediciones de Cátedra, Morante da cuenta de la trayectoria del poeta granadino y de los aspectos más relevantes de la misma. Los epígrafes son bien elocuentes de la materia tratada, y se combinan vida y obra de una manera amena, destacando todos aquellos hitos reseñables. Así, Morante enmarca a nuestro autor en la generación española de los ochenta, esa generación llamada de la democracia y que vino a representar un momento de normalización poética de la mano de la normalización democrática. Normalización que se acababa de sacudir los lastres neovanguardistas del influjo de lo que fue la estética novísima (finales de los sesenta y buena parte de los setenta), caracterizada por el culturalismo, el hermetismo y la poesía poco accesible para el lector. A partir de este proceso, la poesía de García Montero surge de lo que se conoció como “La otra sentimentalidad”, una corriente marxista que posteriormente se diluyó por propia decantación en la experiencia sociológica que supuso la poesía de la experiencia. Aquella otra sentimentalidad tomaba su nombre del análisis de Antonio Machado en el que postulaba una poesía acorde con los tiempos, consecuencia de la constatación de los cambios que los sentimientos sufrían a lo largo de la historia. Los

sentimientos –y por tanto cualquier cuadro identitario– no son eternos, sino cambiantes e históricos, coyunturales.

Siguiendo en esa línea podríamos resumir algunos de los planteamientos teóricos detectables en la poesía de Luis García Montero: frente al individualismo sacralizado, la inserción del yo en la historia. El yo que nosotros pronunciamos no ha existido siempre (sí el gramatical, claro, pero no la noción de sujeto). Como hemos dicho, se parte de la historicidad de los sentimientos y la construcción de la intimidad en cada momento histórico y determinado.

Otro de los pilares es la ficcionalidad del yo, que se remonta a la *Paradoja del comediante* de Denis Diderot. La verosimilitud de la subjetividad está en relación con esto, de igual modo que la poesía no es la expresión de la verdad del sujeto que escribe, ni reproduce ninguna verdad anterior al texto mismo. La poesía se concibe como un efecto de verdad textual, un artificio para reproducir en una página literaria las emociones de la vida. La poesía no es la expresión de ninguna verdad sentimental anterior a las palabras. Hay un proceso de creación e intervención del autor en lo que parece que son los sentimientos más espontáneos (de hecho, ni lo que pensamos que es espontáneo lo sería, modelado anteriormente por las corrientes de pensamiento, por la *ideología*).

El poeta es un fingidor hasta la médula, podríamos decir. Y esto lo sabe muy bien Luis García Montero, quien controla a la perfección el artificio del poema, los requisitos que hacen que un poema exista, el tránsito de la emoción textual a la del lector, en lo que viene llamándose inteligencia emocional, si lo aplicáramos a la construcción de un poema. Ese cálculo es sin duda una de sus virtudes.

Por esto y por muchas cosas más, que podríamos continuar desarrollando, pero que no ha lugar aquí, su obra le ha convertido –insistimos– en uno de los poetas más importantes de las últimas décadas, sino el que más, lo cual lejos de ser una exageración es una constatación, sin obviar otras voces destacadas generacionales. Pero su relevancia y su valía literaria ha ido paralela a sus reflexiones metapoéticas y su decidido compromiso social con las causas públicas. Esta edición hace justicia de una trayectoria imprescindible en las letras hispánicas de finales del siglo XX. Y de principios del siglo XXI.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada